

pueblos, sacrificado á nuestros hijos y cultivado la cizaña en este continente.

«No una cabeza que tengo, aunque tuviera más que las que la fábula concedió á la *hidra Lerne* las apostara, seguro de no perderlas, á que si nos hubiéramos amado sin rivalidad, si nos hubiéramos socorrido mutuamente, si hubiéramos sido hermanos, no en el nombre, sino en el corazón, si hubiéramos tenido siempre un gobierno protector, unos ministros sabios, políticos y amantes de la humanidad, que no hubieran atado las manos á los americanos, sino franqueádoles los arbitrios de la industria y la naturaleza para que adquiriesen con menos embarazo su subsistencia; si á los indios se les hubiera tratado como lo que son y no como lo que quisieron que fueran, si se les hubieran concedido los privilegios de hombres, quitándoles exenciones de neófitos, exenciones que les han sido terriblemente perjudiciales (como lo probaría en caso necesario); si hubiéramos gozado, por último, los generales beneficios de la libertad que nos acaba de conceder la Nación, no digo Hidalgo, ni el mismo Lucifer hubiera sido capaz de reunir tan en breve las numerosas gavillas con que vimos comenzar la insurrección, ni ésta hubiera tomado cuerpo ni los pueblos se hubieran obstinado.»

Así daba principio á su magna labor pública un literato que tres años antes apenas se había dejado distinguir por algunos versos, por algu-

nas letrillas satíricas, y, tal vez, por alguno que otro folleto intencionado y cáustico.

La fecundidad de este escritor es incomparable. Fué periodista político, costumbrista, novelista, poeta lírico y dramático. No comenzó como tantos otros, á brillar desde la primera juventud. En la madurez de la vida estaba cuando apareció en México *El Pensador Mexicano*: se acercaba á los cuarenta años.

Fernández Lizardi puede llamarse, literariamente hablando, hijo de la Constitución de Cádiz. Ella lo alentó, lo estimuló, lo *lanz*ó definitivamente. Desde que se promulgó la libertad de imprenta él se presentó como un voluntario del pensamiento.

Juzguemos, desde luego, al periodista.

En ninguna otra de sus obras se revela Fernández Lizardi tan de cuerpo entero como en la que, precipitadamente escrita, en la hoja volante, en el *papel*, refleja la momentánea impresión, el influjo directo del medio social sobre el espíritu generoso y libre de este hombre atrevido.

Es en el periódico, en su periódico, donde resultan más relevantes sus facultades, y también mejor delineados sus defectos. Su estilo es llano hasta la chavacanería; su tendencia á la observación y á la imagen naturalistas, lo lleva á ser exacto hasta la grosería. Los diálogos, que él maneja con magistral soltura, están copiados con tanta propiedad, que el lé-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

xico usado en ellos se halla pletórico de modismos y vocablos regionales; el lenguaje del pueblo está trasladado allí con fidelidad, con verdad, pero sin arte, sin artificio alguno, sin gusto.

Es realmente digna de estudio y reflexión la *manera* del pensador; su *procedimiento*. Se trata, en cierto modo, de un *folk-lorista* espontáneo, que hizo de refranes, locuciones y giros populares, una literatura especial, genuina y característica, tan apropiada á las circunstancias, que ninguna otra supo encontrar el camino para llegar más pronto al alma de la muchedumbre. No fué él el iniciador, es verdad, de este modo de llevar ideas y sentimientos políticos á las últimas capas sociales, para hacer propaganda entre los que se habían salvado del analfabetismo; otros, anteriormente, emprendieron esta tarea de *copistas* verbales; pero en Fernández Lizardi se acentuó, se definió y se perfeccionó el sistema.

Mientras los literatos de gabinete, los letrados universitarios formulaban y conformaban su literatura de acuerdo con los preceptos de la retórica pulcra, fría y severa de entonces, mientras las altisonancias del lenguaje, la morbidez escultural de la cláusula, la forzada trasposición, el retorcido *hipérbaton*, la construcción latinizada, el *academismo*, en fin, el atildado *academismo pseudoclásico*, llenaban los escritos *realista é insurgentes*, el *Pensador* tor-

cía el rumbo, desnudaba su estilo de la pedante ornamentación churrigueresca, y hacía entrar, naturalmente, su pensamiento en la forma baja, en la expresión prosaica, en la ramplonería familiar y casera. Es cierto que tan lejos estaban del arte los *academistas* como el sencillo imitador del habla popular; pero éste, sin pretenderlo quizás, orientaba el movimiento literario hacia una senda nueva, más amplia y de horizonte más dilatado. En su trivialidad había una gran dosis de sinceridad, de verdad, de naturalidad. Y estos elementos habían de incorporarse después á nuestra literatura y de sanarla un poco del terrible mal del énfasis.

El *Pensador*, por lo general, no abandonó su habitual llaneza. Escribió para el pueblo y en él entró, como nadie lo había logrado.

A veces, sin embargo, la profundidad de su sentimiento, la claridad de su pensamiento, son poderosos impulsos y bastan por sí mismos, sin necesidad de ageno esfuerzo á remontar su estilo, á elevar su palabra á las alturas aquilinas de la elocuencia. Entonces no sólo persuade, sino conmueve y arrebata.

Pero nunca, ni cuando rastrea con apariencias de puerilidad, ni cuando vuela con fascinaciones de inspiración, lo abandona su maravilloso *buen sentido*: es él su segura y constante brújula para encontrar el norte de su pensamiento; es su encantado talismán en cualquier misterioso laberinto.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
 DE LA CIUDAD DE MEXICO  
 E. A. S. L.

Sus ideas avanzan, sus pasiones se expanden, sus palabras se adornan, sus ataques se envenenan, sus alabanzas se hinchan, hasta donde lo permite el *buen sentido*.

En medio de aquella sociedad que reventaba en fermentaciones de rencor y de odio, cuando la costra social estallaba para dar salida á gases de libertad largo tiempo comprimidos; cuando la exaltación tomaba proporciones de frenesí, y las pasiones estaban ciegas y locas, y una gran nube de sangre palpitaba en la atmósfera, Fernández de Lizardi, combatió en favor de la *Independencia* con una serenidad extraordinaria. Era un equilibrado; un ponderado. Por eso calculaba y veía mejor que otros, y por eso también, su pensamiento, que era la verdad misma, penetraba más hondo en las conciencias.

El *Pensador* no usó, ó usó muy pocas veces, el insulto violento. A su servicio estuvo siempre arma más sutil y penetrante: la *ironía*.

Y es asimismo de llamar la atención que, en tanto que el Doctor Cos, y el Licenciado Quintana Roo, y el Doctor Maldonado, y Méndez Bringas, y Beristáin, y Fernández de San Salvador, se enardecen con los hervores que engendra su pluma turbulenta, Fernández Lizardi conserva su juicio sereno y escribe artículos sensatos y razonados en frío.

A cuanto pudo alcanzar su delicadeza, fué, el autor del *Periquillo*, un fino ironista. Hubo

momentos en que todos alrededor suyo blasfemaban y gritaban, y él sonreía. Mas aquella sonrisa, en su cara roja y cenicienta de *mestizo* lampiño, inquietaba más á los *gachupines* que las noticias de los alborotos insurgentes. Aquella sonrisa, grave y fatídica, era la señal de la reivindicación, era la libertad, era la justicia.

Ningún escritor hizo tantos adeptos ni convenció á tantos rehacios como éste con su tranquilo pensar y su don prodigioso para esgrimir el ridículo y la burla.

Cohibido, cada vez más, por la censura, encerrado en el círculo de la prohibición que se reducía minuto á minuto en torno de sus ideas, el *Pensador* se veía obligado á sortear peligros y á burlar vigilancias, valiéndose de subterfugios de ingenio, de personajes simbólicos, de fábulas emblemáticas y oscuras ó de triviales y maliciosos paliques. A través de ellos, dejaba transparentar sus opiniones, todas encaminadas á sugerir la emancipación.

Ahí están, característicos de este modo de escribir, sus artículos. Ahí está la *Proclama del Pensador á los habitantes de México en obsequio del Exmo. señor Don Felix María Calleja del Rey*, en la que con el ropaje coruscante de un panegírico, lanza Fernández Lizardi al feroz general realista la sátira más terrible y sangrienta. Ahí está la famosa *Visita á la Condesa de la Unión*, donoso cuento que no es otra cosa que una revista política. Ahí está la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.

*Carta al Exmo. señor Don Francisco Javier Venegas, sarcástica invectiva envuelta en dulzura y suavidad.*

En sus ratos de holgura y alegría, era un censor municipal que se burlaba de las descabelladas disposiciones, de los inútiles bandos y reglamentos del Concejo. Gustaba este escritor no sólo de lucubrar en las regiones del ideal, sino de descender también á la tierra para ejecutar obras útiles y prácticas. Sus *modos de ver*, no son, en este género, otra cosa, que una aplicación de su buen sentido. Él lo hizo considerar la escuela como meta suprema de regeneración, sin la cual, la libertad resultaría infecunda. En cuanto produjo este laborioso se sorprende su vocación de *moralista*; en nada tanto como en sus prédicas sobre la instrucción pública. Era un maniático de la educación.

«Señores párrocos é Ilustres Ayuntamientos—decía—vosotros sois los que debéis comprender esta obra útil y provechosa á la sociedad futura. A vosotros se os ha confiado este cargo por Dios, por la Sociedad y por la Patria. Es bien sabido que el primer paso que se debe dar para este asunto, es la apersión de escuelas de primeras letras; esta es la piedra fundamental sobre la que debe levantarse el edificio de la educación popular.»

Y, en seguida, para no desmentir su juicio de hombre práctico, indicaba los medios á que debía recurrirse para alcanzar el ponderado propósito.

Estos son sermones cívicos de 1814. Hoy nos parecen comunes y corrientes; en aquel tiempo eran raros y comprometedores.

El *Pensador* era un creyente, un cristiano, un católico observante y sumiso. Ni otra cosa era posible en México al principiar el siglo XIX. El ambiente levítico que se respiraba aquí entonces, lo respiró Fernández Lizardi á plenos pulmones. En su testamento está su confesión. Allí se ve que lo único que detestaba este hombre de sano criterio, era el absurdo religioso. Sin embargo, en sus declaraciones muestra á las claras que no era, ni con mucho, un teólogo, y que, por lo tanto, ignoraba la interpretación verdadera de los dogmas.

«Digo yo, el Capitán Joaquín Fernández de Lizardi, escritor constante y desgraciado, conocido por el *Pensador Mexicano*, que, hallándome gravemente enfermo de la enfermedad que estaba en el orden natural me acometiera, pero en mi entero juicio, para que la muerte no me coja desprevenido, he resuelto hacer mi testamento en la forma siguiente:—«Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal, creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos de fe, que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio. Esto sí

creo y confieso de buena gana y jamás, ni por palabra ni por escrito, he negado una tilde de ello.»

«Mas acerca de aquellas cosas, cuya creencia es piadosa ó supersticiosa, no doy mi asenso ni en *artículo mortis*.»

\*  
\* \*

El *Pensador* novelista, es poco distinto del *Pensador* periodista. Ni en la forma pierde su estilo grueso y seco, pero preciso y claro, ni en el fondo deja su marcada, su honda tendencia ética. Ya en 1814, había comenzado á ensayar su péñola en el cuento y la narración, mientras dió á la estampa su miscelánea periódica «Alacena de Frioleras.»

Se adivina también en las novelas de Fernández Lizardi, la precipitación, el ahinco, el aceleramiento con que fueron escritas. Es un autor superabundante, que tiene siempre á su disposición, no un tesoro de ideas nuevas y brillantes, sino una serie de ordenados conceptos de sociología y de moral, ejemplificados constantemente con casos de la vida práctica. Sus teorías estaban basadas en lecturas de los pensadores franceses de la segunda mitad del siglo XVIII, aplicadas á las condiciones peculiares de su país y de su época. Y se valió de la novela como de un género á propósito, por

su apariencia de entretenimiento y frivolidad, para la propagación eficaz de sus ideas políticas y de regeneración social.

Cuatro obras del susodicho género escribió Fernández Lizardi: *El Periquillo Sarniento*; *La Quijotita*; *Noches tristes y Día Alegre*; *Don Catrín de la Fachenda*. Este último es trabajo póstumo (apareció en 1832) y quizás pudieran haberse dudado acerca de su perfecta autenticidad. No existen precisas comprobaciones que demuestren ahora con toda claridad el verdadero origen de *Don Catrín de la Fachenda*; y sólo nos quedan dos datos muy dignos de tomarse en consideración, además de la semejanza literaria; la honorabilidad del impresor Don Alejandro Valdés, en cuya oficina se hizo la primera edición del *Periquillo* y el hecho de no haberse levantado protesta alguna de los contemporáneos del *Pensador*, á la aparición de su referida obra póstuma.

El *Periquillo Sarniento* es un cuadro completo de la existencia colonial, de la que nos quedan, todavía, vestigios característicos. Es la historia de un mexicano de entonces.... ¡ay! y de muchos de ahora: es una sátira flagelante de las costumbres de antaño, de las cuales algunas son de ogaño porque han persistido y flotado por encima de la ola civilizadora.

Cada episodio tiene, por lo común, su lección moral, largo discurso persuasivo á manera de moraleja.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

Críticos entusiastas derivan esta novela de las picarescas españolas. Es verdad.

El héroe de la novela mexicana, de la primera, tal vez de la única novela mexicana que está llena de capitoso sabor local, es un truhan de la familia de *Lazarillo* y de *Guzmán de Alfarache*. Es un *mestizo*; pero en él se reconocen los ímpetus de la sangre española. Es audaz, pendenciero, jugador, amigo de la holganza y del vicio; y, no obstante, un fondo de generosidad y nobleza lo hace simpático. Indudablemente que Fernández de Lizardi había leído las novelas picarescas; y asimismo, aquel genial resumen galo de ellas: el *Gil Blas*. Usa de los procedimientos narrativos de estas obras, á las cuales se asemeja por la copia brutal pero vigorosa y franca de la vida, sin engaños, sin ambajes, sin tapujos ni hipocresías. Y también posee de ellas cierta marcada complacencia en describir y contar escenas del más crudo naturalismo.

El *Pensador*, en ninguna página de *El Periquillo* llega á ser inmoral; en bastantes, sin embargo, es sucio hasta el asco. Nótese, á pesar de ello, su afán por presentar horrible y repugnante el vicio. Es la suya una prédica *escatológica*. Esto es lo que les da peculiaridad á los episodios, que, por otra parte, tienen mucho color, mucha viveza, y están estudiados con muy rara penetración. Toda la voluminosa novela, repito, no es más que un pretexto

para que el moralizador predique, y señale y analice el sociólogo.

La sátira de las costumbres es tremenda. Los errores de educación, los vicios sociales, los abusos de autoridad, los rancios privilegios, las torpes reglamentaciones, las falsas ideas sobre los hombres y las cosas, los viejos modos de ver y de vivir, están espontánea y admirablemente expuestos y ridiculizados.

En la ficción, las aventuras se suceden, aisladas unas de otras, por largos intervalos de digresiones morales exornadas de citas de historia clásica, y alguna vez de versos y sentencias latinas. Era el gusto de la época.

Y el rasgo persistente del carácter del novelista se revela en su anhelo por interpolar en el cuento reglas de conducta y prescripciones higiénicas.

El *Periquillo* es un tipo; es más; es una galería de tipos chuscos, malignos, ridículos, perversos, bondadosos: Juan Largo, el Doctor Purgante, el escribano Chanfaina, Luisa, el Chino; toda una teoría de personajes auténticos, moviéndose en primer término y teniendo por fondo los coros más abigarrados y típicos: tumultos de *léperos*; rondas de *serenos*; cuadrillas de ladrones; procesiones de indios; el desfile, en fin, de una muchedumbre popular que cruza por la linterna mágica de un risueño é intencionado evocador.

La Ciudad de México está reproducida con

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

una fidelidad de grabado antiguo. El México viejo resucita lleno de frescura y lozanía, animado por el poder maravilloso de una pluma fácil y amena.

No es minucioso Fernández de Lizardi para sus descripciones; es, por el contrario, sobrio, breve, simple. No son los suyos lienzos acabados sino bocetos ligeros. Pero posee la facultad de los escenógrafos: dar efectos enérgicos y exactos con pinceladas de *brocha gorda*.

Todos los críticos están conformes en que el *Pensador* era un revolucionario. Eso fué siempre; en esta obra, más tal vez que en ninguna otra de sus fábulas. Era un demoledor.

No lo es menos en *La Quijotita*, que resulta otro inacabable sermón moralizador; otra sátira de costumbres, otra acción desarrollada con lentitud é interrumpida por digresiones y comentarios sobre educación, higiene, religión y urbanidad.

La novela pretende comprobar, en su desarrollo, cómo no sólo las malas inclinaciones sino también los malos hábitos, destruyen toda felicidad y acarrearán toda desgracia.

Con el mismo propósito que el *Periquillo* y la *Quijotita*, fué escrita la narración, de gusto netamente mexicano, llamada *Don Catrín de la Fachenda*. Trátase de la vida de un pícaro de los tiempos coloniales, y, en particular se trata de pintar, con idéntico pincel epigramático y moralista, ese tipo de Nueva España: el

*catrín*. Los episodios novelescos de esta obra no carecen, como es de rigor en los procedimientos de Fernández de Lizardi, de su moraleja correspondiente.

Pudiera yo casi afirmar que, salvo el origen, que es bastante turbio en este héroe, *Don Catrín* no es otro que el mismísimo Pedro Sarmiento, en una nueva serie de aventuras, no muy distintas por cierto, de las anotadas ya, en la pormenorizada crónica de su vida. La impresión, por lo menos, que produce *Don Catrín*, es la misma que la que produce *El Periquillo*: el estilo corriente y fácil; la observación burda pero exacta; la sátira tosca pero espontánea, y, por bajo de todo, una severa predicación contra los malos hábitos, las perversas costumbres y los errores rutinarios.

En *Las noches tristes y el día alegre* es ya otro el aspecto literario. En estos diálogos, el *Pensador* imita, acercándose mucho al modelo, las famosas *Noches lúgubres* de Don José Cadalso. El poeta español, cuya existencia agitada y apasionada terminó de manera tan heroica y trágica, escribió las *Noches lúgubres*, imitando, á su vez, como se sabe, á un poeta inglés: á Young. Sin embargo, en su libro patético y macabro, Cadalso puso todo el horror, toda la locura, todo el ciego arrebatado de un amor bruscamente interrumpido por la muerte. Y esa especie de *necrofilia* espiritual cometida en el cadáver de la actriz Doña María Ig-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

nacia Ibáñez, da acentos de verdad y sinceridad á las *Noches lúgubres*.

Algunos soplos de ese aliento pavoroso pasan por las páginas de la imitación mexicana. Y queriéndose adaptar Fernández de Lizardi al estilo solemne y elegiaco del autor gaditano, cuajó sus *noches tristes* de exclamaciones, de interjecciones y deprecaciones, que, á través de los años, nos suenan ahora á vacío, á falso y artificioso. Aquí fué donde el *Pensador* pagó su natural tributo á la moda. No obstante, hay también en este trabajo de nuestro novelista, como en el del español, un deseo de reproducir la verdad exaltándola y deformándola.

El escritor mexicano recuerda en sus *Noches* las angustias y los sufrimientos que lo conturbaron durante las persecuciones de que fué víctima en plena lucha por la Independencia. En este sentido son interesantes los diálogos, no ya como literatura únicamente, sino también como psicología. En las hojas de este breve trabajo del *Pensador* se confiesa una alma.

\* \*

Las piezas teatrales de Fernández de Lizardi que han podido llegar hasta nosotros son: la segunda parte del melodrama *El negro sensible* (1825), cuya primera parte, de autor ignorado hoy, se representaba ya en 1805; el *Auto Mariano* para recordar la milagrosa aparición de nuestra madre y señora de Guada-

lupe», y una *Pastorela* en dos actos, de la cual se han hecho en México muchas ediciones.

El erudito mexicanófilo don Luis González Obregón cita también, en la biografía del *Pensador*, *El unipersonal de don Agustín Iturbide*, que, según el juicio del escritor nombrado, es un monólogo en verso endecasílabo en el que hace serias reflexiones, acerca de sus errores políticos, el efímero primer Emperador.

Don Francisco Pimentel, en su *Historia crítica de la poesía en México*, libro de una utilidad indiscutible para la investigación literaria en nuestro país, se refiere á una pieza en cuatro actos y en verso, poco menos que desconocida, del autor del *Periquillo*: *La tragedia del padre Arenas*. Según he podido averiguar, un ejemplar de esta obra rarísima se halla en la biblioteca del sabio Pimentel.

No se distingue, por cierto, como poeta dramático el insigne y fecundo escritor revolucionario. Su estilo desenfadado y tosco, no es caso de ingenio, aunque sí de gusto, lo acompaña á través de las peripecias escénicas.

El teatro en México era una rama enteca de nuestro árbol artístico. Vivía éste, como se ha visto, alimentado por la savia española; mas la flor última, la poesía dramática, esa flor que reventaba en las ramas del arte cuando una literatura ha llegado á su plenitud, no era ni podía ser entre nosotros una lozana muestra, prometedora de sápidos y brillantes frutos. Nuestro teatro,



que durante el período colonial se nutrió de reproducciones é imitaciones (aunque entre estas hubiese algunas de valor indudable, como *Los Empeños de una Casa*, y poetas como Fernán González de Eslava hubieran tratado de dar color local á sus composiciones), nuestro teatro, repito, al anunciarse la emancipación, pretendía también buscar personalidad y carácter vernáculos, y llevaba al tablado tipos, costumbres y sucesos genuinamente nacionales. Quería en suma encontrar, como en la Fábula, campo abierto para el desarrollo de una variedad nueva dentro de la ineludible unidad de la lengua y de la raza.

Las más famosas comedias de Lope, Tirso, Moreto, Rojas Zorrilla, Calderón, Guillén de Castro, Vélez de Guevara, Montalbán, Fernando de Zárate, Solís, Bancés Candano, Zamora y Cañizares, se representaban en México al principiar el siglo XIX, con gran contentamiento y aplauso del público virreinal. Don Juan Ruiz de Alarcón pasaba con *El tejedor de Segovia* y *La verdad sospechosa* despertando en el auditorio del Coliseo Nuevo un sentimiento de orgullo: aquel ingenio de tan robustos vuelos nos pertenecía; había nacido en tierra americana; había estudiado filosofía en la Universidad de México; de aquí su musa se había llevado inspiración y asunto para triunfar en la España gloriosa de Felipe IV.

Ni faltaban tampoco en los programas de

espectáculos nombres de dramaturgos del siglo XVIII: las comedias de Moratín y los sainetes de don Ramón de la Cruz entretenían y alegraban á los colonos. Moliere, y aun Shakespeare, un poco alterados, castellanizados, adaptados, cruzaban de cuando en cuando el escenario con sus arquetipos simbólicos. Y las tragedias y los melodramas de la escuela francesa tan en boga entonces, acudían, en buen número, á provocar ansias y lágrimas con sus *efectismos* y sensiblerías. (1)

Mas no por eso los poetas nacionales abandonaban la tarea de hacer comedias, ni los grupos literarios dejaban de dar pábulo y estímulo á esas inclinaciones.

En 1805, el *Diario de México*, fiel á sus propósitos de alentar la producción intelectual, comenzó á abrir una serie de concursos para premiar obras teatrales: sainetes, dramas, tragedias. De estos concursos salieron para la escena los sainetes: *El blanco por fuerza*, de don Antonio Santa Ana; *El Hidalgo en Medellín*, de don Juan Policarpo; *El Miserable engañado y la niña de la Media Almendra*, de don Francisco Escolano y Obregón; *El Rábula*, de autor mexicano desconocido. También por ese tiempo, y gracias á los tales concursos, fueron escritas, aunque ignoramos si representadas, las comedias *La Mamola* y *La Florinda*; un drama: *Cortés en Tabasco*; un melodrama: *La*

(1) Véase, en el Apéndice, la nota sobre *El teatro*.